

PRIMAVERA QUE FUE

Por Luis MONTALBAN

I

POCO a poco van pasando los años y, con ellos, nuestras costumbres y nuestro carácter se van acomodando a las circunstancias propias de la edad.

¡Quién nos hubiera dicho, allá en la juventud, que aguantaríamos un día entero sin salir de casa por propia voluntad!

Y así es. Cuando al final de la jornada del sábado, pensamos en las horas de descanso que tenemos por delante, disfrutamos solamente pensando qué será para nosotros la imaginación y la inteligencia. Nada de emplearlas en la resolución de cualquier problema, ni en la determinación de ningún asunto. Es una gracia divina que me dieron al nacer y tengo derecho a utilizarlas para mí.

Me conformo saboreando esos minutos de meditación que hago en uno de los dos butacones que rodean la camilla y, cuyos tres muebles en línea recta, nos recuerdan la cabeza y orejas de un elefante. Primera fantasía de la imaginación.

Hay veces que, para hacer la concentración más perfecta, apago la luz y, completamente a oscuras, recuesto mi cabeza y espaldas sobre el respaldo del amplio asiento y empiezo a recordar, a recordar... Todo tan lejano, comparado con mi vida y tan próximo al medir la eternidad.

Hoy, cuando más ensimismado estaba en mi tranquilidad, unos golpes de nudillos me han hecho volver a la realidad y he salido a la puerta para ver quién requiere mi presencia.

En la acera, una mujer, con aspecto de vieja por su atuendo, alarga su mano y solicita una ayuda e, instintivamente, bajo el umbral y me pongo a su altura, porque reconozco su voz. Sus débiles ojos no hubieran sabido jamás quién era el señor que la estaba atendiendo en su parada momentánea, pero el tamaño de la moneda que palpó con sus dedos, la hizo «ver» que ocurría algo anormal.

Automáticamente me sujetó para que rectificase mi error. ¡Tanto dinero!, por sólo decir: —«Alguna cosita, por el amor de Dios»—.

Cuando se convenció de que estaba bien la dádiva, intentó satisfacer su curiosidad por mi nombre, pero no quise descubrir el secreto, que sólo hubiera servido para aumentar su desgraciada situación.

Al verla partir, no pude sostenerme y mis ojos se empaparon de lágrimas. Primavera que fue.

Vuelvo al butacón y, esta vez, con más motivo llevo mi imaginación a las cosas que pasaron cuarenta años atrás.

Esta mujer, a quien ya no daba en este mundo, es...

Pero el relato habría de ser largo y nada interesante, no siendo para mí.

Además, lo natural es que no vuelva a coincidir con esta pobre desvalida y en casa, por supuesto, menos aún.

Un supuesto sin lógica, porque ella, ¡al fin, mujer!, indagó, preguntó y, hasta que no supo quién era el inquilino de aquel domicilio, no paró. Cuando estuvo enterada, llegó hasta allí, llamó y, al notar mi presencia, no alargó su mano como de costumbre, sino que alzó su cara y, reconociéndome, pronunció:

—Gracias, «señorito» Luis, y en qué estaría yo pensando cuando en mi juventud rechacé la proposición de matrimonio de su hermano aquél.

Conmovido intenté repetir mi socorro, pero se separó y agregó:

—Por favor. Yo no merezco recibir nada de quienes me lo quisieron dar todo.

Y se alejó. Esta vez creo que para siempre, por el tono de despedida que dejó tras de sí.

II

Confieso que, cuando regresé al butacón del comedor la emoción me embargaba.

¡Pobre mujer! y qué concepto el suyo tan magnífico para expiar su equivocación.

Todo cuanto decía era la pura verdad. Pudo haber sido la mujer de mi hermano si su juventud, tan agraciada, no la hubiera cegado totalmente ante la promesa que escuchó en más de una ocasión. Porque lo bueno del caso, es que todos sabíamos que a ella le agradaba el pretendiente, y mucho. Pero, las cosas. Aquel continuo vaivén de verse cortejada por unos y otros. Aquella admiración que producía su presencia y, en fin, todas esas circunstancias que rodean a una persona

hasta cegarla, haciéndola creer lo que en realidad no es, dieron al traste con lo que pudo ser una unión feliz. El tiempo pasó y, como la suerte no llama dos veces a una misma puerta, aquello se enfrió y cada protagonista siguió un rumbo distinto.

Después de las escenas con que terminó la primera parte de nuestra historia, era rara la noche que conciliaba el sueño con tranquilidad y la causa no era otra que la de saber la situación de Laura y mi duda, muy justificada, de si algunos días le faltaría el alimento necesario para aplacar el hambre.

Esta obsesión era superior a mis fuerzas y caía en la cama bajo la sensación de que tenía que intervenir y salvar del naufragio a quien se ahogaba, sin remisión, a unos metros de la orilla.

Ante esta perspectiva las tornas se cambiaron y ahora era yo el que indagaba, y preguntaba, por cuantos medios estaban a mi alcance para averiguar el paradero de la aparecida.

Realmente no fueron muchas las gestiones porque, cuando se despedió de mí definitivamente, vi que se iba directa a unos vecinos y charlaba con ellos unos momentos. Los mismos amigos que, unos días después, me decían el sitio aproximado donde se refugiaba.

Con tales antecedentes una soleada mañana de domingo no pude más y me fui a buscar a Laura.

El sector indicado era por las afueras de la ciudad y, si estaba bien informado, no habría de ser difícil la búsqueda pues el núcleo de aquel poblado no rebasaría del centenar y debía bastar repetir la pregunta media docena de veces para acertar.

Mas no hubo necesidad de llegar a tanto porque, al tercer golpe, surgió un rapazuelo, de muy pocos centímetros, que comprendió mis deseos y levantando su brazo me señaló con su dedo una puerta lejana y exclamó: —Esa es tía Laura y duerme en la cocina de mi casa.

—¡Petróleo!— dije lleno de satisfacción para mi interior y luego, arrimándome al niño, pregunté:

—¿Sabes si está allí ahora?

—Si señó. Ha venío de la misa y está jaciendo lumbre.

—Pues vente conmigo y si la dices que un señor pregunta por ella, te doy un cigarro puro así de largo. Y le miré de reojo para ver qué efecto le hacía mi ofrecimiento.

—Pero si yo no jumo señó, no vé que soy chico.

—Perdona mi error, le contesté. Te daba fuera de quinta pero, no siendo así, te convidaré al cine. ¿Hace?

—Eso sí que me gusta y hoy ponen en la infantil una de comanches.

—Pues al trabajo, aunque sea domingo.

Y dejando el coche en la carretera, saltamos la cuneta y subimos un pequeño repecho en cuyo alto, y en pleno campo, estaba la casita que albergaba mi «quitasueños».

El chiquillo se adelantó y a la segunda voz de «Tía Laura», «Tía Laura», se abrió la puerta señalada y apareció ante nosotros la interesada.

¡Qué momento para los dos! Pero no hubo explicaciones, ni protocolo porque cuando me vió, aunque quedó como paralizada y bajo una fuerte emoción que la hizo enrojecer, sencillamente pronunció:

—Te esperaba Luis, te esperaba. No sé si aquí precisamente o en otro sitio, pero tenía la seguridad de que, después de reconocerme, no habrías de conformarte con verme como «ave de paso».

—Pues no sabes la alegría que me das con que pienses así, porque me quitas de encima la gran preocupación que traía sin saber tu recibimiento.

—Bueno, pues ya lo has visto, así es que tú dirás qué te trae por aquí.

—Mira, son tantas cosas las que tengo que decirte que, mejor será, te vengas conmigo. Tengo el auto ahí abajo, que nos alejará de los curiosos y vamos a dar un corto paseo para cambiar impresiones sobre algo que no sé si estoy acertado o es una tontería.

—¿En coche, yo?, balbuceó. ¿Me quieres hacer creer que estoy soñando?

—Puedes creer lo que quieras, pero andando que se va el tiempo.

—No sé, no sé si debo, añadió, pero, en fin, te conozco hace muchos años y sé que puedo fiarme de ti. Seguro que traes algo bueno.

—Gracias, mujer, por ese buen concepto que te merezco y vamos al asunto.

Acto seguido entró en la casa, se atusó la cabellera, apagó la lumbre y, con una prenda ligera sobre sus hombros, vino junto a mí. No parecía la misma: Primavera que fue y Primavera que vuelve.

El de los comanches también se arrimó. Disimuladamente pedía lo prometido, así es que pagué lo estipulado y con una caricia a su barbilla dije: «Adiós» a cuantos nos miraban—que no eran pocos—y nos fuimos al coche.

Laura, muda de asombro y de intriga, se dejaba conducir como un autómatas y tomó asiento en la parte delantera, en cuanto abrí la portezuela. Yo hice lo mismo por el lado contrario y, una vez acomodados, empezamos a rodar.

Antes de los veinte metros, ella rompía el silencio con esta frase:

—¿No será esto el cuento de «La Cenicienta?».

—Pues, ¡quién sabe!, respondí. Por lo pronto ya he conseguido encontrar el pie del zapatito perdido y... principio quieren las cosas.

Mis pretensiones no eran otras que las de reivindicar a aquella mujer y a pesar de que todo eran buenas intenciones, me sentía sin saber por dónde empezar. ¿Por qué?, quizás porque era mucho lo que iba a proponerle, algo así como una vida nueva dividida en dos partes: la primera podría empezar en seguida, pero la segunda la guardaría en secreto hasta llegado el momento.

Ya en plena carretera, pero a la velocidad de población, para caminar con menos atención al volante, empecé a exponer mi plan.

—Podría, empecé diciendo, explicarte todo en una estrofa del gran poeta desaparecido D. Miguel Giménez Aguirre, a la cual voy a añadir el primer renglón del verso y que diría así:

Desde que te ví:

«Ni como, ni bebo,

ni duermo, ni fumo,

y así me consumo.

cercano a morir».

—Cuánto lo siento, —contestó— pero, ¡quién iba a suponer que nuestro encuentro te haría tanta sensación!

—Pues así ha sido y vengo dispuesto a sacarte de tu mal momento cuyas causas ya me contarás con más tiempo.

—Desde luego que sí, pero, ¿cómo vas a ayudarme? Porque supongo que no pensarás darme todas las semanas o todos los meses, la cantidad necesaria para vivir. ¿no?

—No. Tú debes saber que nosotros tenemos un sueldo, mejor o peor, pero vivimos con arreglo a él y ni sobra ni falta. Lo justo, como casi todo el mundo, para que, cuando el «ama de casa» toca el fondo, ya estemos llegando mi hijo y yo con el repuesto.

—Entonces, ¿alguna colocación?

—Exactamente, asentí con firmeza.

—Pero, ¿con esta facha?, sonrió mostrándome su pobre indumentaria.

—De la renovación total se encargará mi mujer, la modista y el zapatero. Ahora vengo a proponerte que te vengas con nosotros, pues, si bien no puedo darte una cantidad constante, si es fácil cobijarte en ca-

sa por aquello de que «donde comen tres, comen cuatro», y no hay más que hablar.

—¿Y tu esposa?, preguntó indecisa.

—Mi esposa encantada de tener una compañía que la ayude, hasta que te canses o te aburras o simplemente te quieras ir.

Hubo su poquito de forcejeo y después de discutir los pro y los contra, aceptó.

Laura, dos días después, formaba parte de la familia. Al principio como mujer de servicio, porque ella me rogó que fuera así, pero, poco a poco, nosotros tres la llevaríamos hacia lo que nos proponíamos y cuyo plan teníamos premeditado.

Han pasado cuatro meses y Laura, el personaje central de nuestra historia, ha dado una vuelta como nadie, excepto yo, podría imaginar.

Para mi era volver al pasado y sin sorpresa, pues sabía que, bajo los harapos, se ocultaba la personalidad de una muchacha ordenada, activa, limpia y joven, ¡con lo «pasadita» que parecía! pero su vejez era aparente pues, por mis cálculos, debía andar rondando los 50 años.

Y, antes de seguir, voy hacer con Vd., querido lector, una importante confidencia.

Desde hacía un par de años, cuantas cartas venía recibiendo de mi hermano, —el D. Juan de D.^a Inés— residente en una gran ciudad, traían siempre unos renglones para rogarme les buscase, por nuestras tierras extremeñas, alguna mujer que pudiera irse con ellos y hacerse cargo de su casa.

Viudo desde hacía un lustro no conseguía organizar el hogar. Sus dos hijas muy bien colocadas, tenían que hacer todos los oficios, antes y después de las obligaciones, y el sacrificio diario era para visto, no para contado.

Aún hay en la familia un varón, finalizando una carrera y, mientras estudia en su habitación, queda encargado de abrir y recoger en la puerta los pedidos que unos y otros van dejando en las tiendas. Han tenido varias sirvientas, pero sin resultado satisfactorio.

A pesar de los buenos ingresos se demostraba que con el dinero no se puede todo y estaban decididos a refugiarse en un hotel y acabar con el problema, pero el hijo los sujetaba porque las condiciones para su cometido no habrían de ser las mismas.

Después de estas aclaraciones les parecerá muy natural que, a su última carta y sin decirle el porqué, le contestase con un final tan autoritario como éste: VENTE.

Y llegó. ¿Para qué? Pues para ver si le convenía un «ama de llaves» de toda confianza que le teníamos preparada, aunque ella lo ignoraba. Por esto se hacía necesaria su presencia para ver si, entre todos, lográbamos conseguirla.

¿Cómo iba a resultar el encuentro después de tantísimos años? Estábamos como para ahogarnos en un vaso de agua, por la duda de si Laura desaparecería al ver al viajero, echando por tierra nuestras buenas intenciones y deseos.

Cuando bajamos del coche, que nos trajo de la estación, en la puerta de casa, Laura conoció a mi hermano sin verlo. Le bastó oírle cuando saludaba a mi mujer. ¡Qué instinto!

En cambio él no la reconoció, ni viéndola. ¡Qué despiste!

Sin embargo, este incidente fortuito fue lo suficiente para ponernos en situación y recuperar el control que habíamos perdido tontamente.

El problema se fue abordando poco a poco y con tanta maestría, que parecía estar ensayado. El resultado fue tan satisfactorio que entra de lleno en la «Novela Rosa».

A las cuarenta y ocho horas se marchaba el hombre y, a la semana siguiente, «facturábamos» a Laura con su maleta y la ropa necesaria para no desentonar.

Hoy, al cumplirse el año de mi primitivo encuentro y casi a los ocho meses de su partida, me encuentro con tema para seguir embotronando cuartillas, pero, por falta de espacio, les daré algunas noticias por las cartas recibidas de mis sobrinas, y para no dejarles con la miel en los labios.

En resumen, muy resumen, nos dicen así:

- «No sabremos nunca cómo pagarte el envío de Laura. Figúrate el peso que se nos ha quitado de encima, al poder dejar en casa a una persona de tanta confianza, mientras papá y nosotras estamos ausentes. Le damos una cantidad todos los sábados, no por meses, para que no se junte con tanto dinero y hemos acordado no tomarle la cuenta y lo que le sobre para ella. Esto, aparte del sueldo, que, como dice, no lo necesita, se lo estamos depositando en una cartilla de un Banco.
- «A papá lo atiende sin descanso y a nosotros tres nos quiere como si fuéramos sus propios hijos. Y etc., etc., etc..»

No se puede luchar contra el destino.